

Antonio OJEDA AVILÉS, *National Archetypes and Labour Subordination: From Sigfried to Lancelot*, Cambridge Scholars Publishing (Newcastle upon Tyne, 2023), 335 págs.

Este libro del maestro laboralista (y además, maestro comparatista, así como sevillano universal en nuestro mundo del Derecho del Trabajo) Antonio OJEDA AVILÉS, escrito en fino inglés *British* (lo remarca su utilización del adjetivo *labour*, en el mismo título de la obra, en vez de su equivalente en inglés americano *labor*) y que acaba de publicarle una prestigiosa editorial académica del Reino Unido, es una obra de lectura obligada para todos los interesados, como yo, en las temáticas del Derecho comparado del Trabajo. Evidentemente, es un libro de plena, absoluta y brillante madurez, que acredita a la perfección que las instituciones jurídicas y las humanidades (esto es, la cultura más fina) se encuentran íntimamente relacionadas, hasta el punto de poder afirmarse que las unas no podrían concebirse y explicarse sin las otras. En realidad, aborda lo que aparenta ser una aporía jurídica, como la de explicar los rasgos distintivos de la subordinación laboral, en muy diversos países, por referencia a lo que denomina «arquetipos nacionales» existentes en esos mismos países tan diversos (según nuestro autor, «los arquetipos son figuras míticas en la historia de sus países, que los ciudadanos retienen en su subconsciente colectivo como ejemplos humanos a seguir»). Ahora bien, la aporía en cuestión no es tal, pues nuestro autor logra convencer al lector ideal suyo, de un lado, acerca de que el «arquetipo» por él seleccionado (utilizando el método del descarte comparativo) ilumina el imaginario colectivo del concreto país de que se trate; y de otro lado, acerca de que la «subordinación laboral», variable de país en país, se ajusta al concreto modelo humano o «arquetipo» nacional previamente elegido en el libro. El repaso humanista de culturas jurídicas tan distintas, efectuado en las más de trescientas páginas de la obra, realmente abrumba. Las hay americanas (del norte y del sur), asiáticas y, por supuesto, europeas (quizá por haberse editado el libro en el Reino Unido, aparecen expresamente mencionados en el subtítulo de esta obra SIGFRIDO, al hilo del *Nibelungenlied*, y LANZAROTE, al hilo de *Lancelot ou le Chevalier de la Charrette*), resultando imposible aquí dar cuenta de todas ellas. Me centraré, en lo que sigue, en dos de los «arquetipos nacionales» estudiados por el maestro OJEDA AVILÉS, que a mí más personalmente me han impactado (en absoluto, chocado).

Ante todo, el «arquetipo» español por el que opta nuestro autor, que es Rodrigo DÍAZ DE VIVAR, *El Cid Campeador*, elegido por el profesor OJEDA después de descartar el representado por *El Quijote* (más acomodado quizá al imaginario colectivo inglés que al español, seguramente por considerarse allí que CERVANTES es «nuestro» equivalente de «su» omnipresente y exclusivo SHAKESPEARE). Con seguridad, España le debe más al Cid que al Quijote, aunque sólo sea por causa de que CERVANTES se encontró, cuando escribía su obra cumbre, una nación ya hecha (o *in facto esse*), mientras que en los tiempos de las luchas del Cid contra los moros España, en cambio, estaba todavía haciéndose (era una nación *in fieri*), aunque transitando para acabar de hacerse por las vías seguras que trazaron nuestros reconquistadores (y prototípicamente de entre ellos, el Cid), aparte la certeza —sobre la base de tratarse de un héroe «castellano»— relativa a que nadie podrá negar que Castilla y la lengua castellana (en la que aparece relatado *El Cantar*) tienen absolutamente todo que ver. Por cierto, sorprende y emociona ver traducido *El Cantar* al inglés, en los múltiples pasajes del mismo que reproduce y comenta el profesor OJEDA AVILÉS. En este concreto caso, la explicación del vínculo entre el «arquetipo» y la «subordinación laboral» resulta natural, dado el carácter de «vasallo» que el Cid Campeador tenía respecto del Rey Alfonso VI, quien incluso llegó a ordenarle el destierro (en relación con esto, el paralelismo trazado por nuestro autor entre el *Cantar de Mio Cid* y la *Chanson de Roland* resulta insuperable, al tener también Roldán la condición de subordinado, pero ahora respecto de Carlomagno). El «Dios qué buen vasallo, se oviese buen señor» del *Cantar* sigue gozando de buena salud y de plena vitalidad jurídico-laboral, en España. Yo echo mano del dicho en cuestión en mis clases, para explicar a mis alumnos, por ejemplo, el juego del elemento provocación del empresario, en pleitos sobre despido disciplinario por desobediencia o insubordinación del trabajador. Y entienden así a la perfección que el principio *solve et repete* tiene límites, pues los trabajadores —como todos los seres humanos— son de carne y hueso, y no de piedra (como sí lo son, en cambio, las frías estatuas de mármol, susceptibles de tener que aguantar todo cuanto les llueva).

En cuanto a la cultura norteamericana y sus «arquetipos», el maestro sevillano plantea la alternativa de optar entre Walt WHITMAN y su poemario *Leaves of Grass* (publicado entre 1855 y 1892), de un lado, y Owen WISTER y su novela *The Virginian* (publicada en 1902), del otro

lado. A este efecto, nuestro querido maestro sevillano elige resueltamente el del *cowboy* novelado como «el Virginiano», y creo que nada cabe objetar razonablemente a dicha elección. Según cuenta el profesor OJEDA AVILÉS, el poemario citado está cargado de ideas políticamente correctas, tan caras a las élites actuales, aunque creo —es mi opinión— que al ciudadano norteamericano medio le acabaría pareciendo un tostón, si es que se animase a leerlo. En cambio, el *cowboy* rico y autónomo, novelado en la obra de WISTER, sí casa perfectamente con el imaginario colectivo del ciudadano norteamericano común y corriente, según el cual la mejor «subordinación laboral» es la que no existe (la aspiración de todo norteamericano *average*, como se sabe y puso de relieve en su día Max WEBER, es la de hacerse rico montando un negocio, en el que pase a convertirte en su propio jefe). Confieso humildemente que no conocía el poemario de WHITMAN, aunque después de leer cuanto ha escrito acerca de él nuestro admirado maestro sevillano, he de confesar asimismo con franqueza castellana que se me han quitado las ganas de empezar a leerlo. Sí conocía, en cambio, «el Virginiano» (y desde los tiempos lejanos en que yo era un *teenager*), pues era un famoso serial de televisión en blanco y negro, y con doblaje sudamericano, de los años sesenta y primeros setenta del siglo pasado (basado en la novela homónima de WISTER), que todos veíamos en casa y en familia (también veíamos, del mismo tipo, el *western* «Bonanza», nuevamente de muy grato recuerdo). El novelista WISTER cuenta a su favor, además, con el hecho notorio de haber sido amigo íntimo del Presidente Theodore ROOSEVELT (al que llegó a biografar), muy popular todavía en los Estados Unidos, aunque sea poco conocido en Europa (y menos, en España), lo que no deja de resultar sorprendente. En efecto, el primer Premio Nobel otorgado a un ciudadano norteamericano le fue concedido a este Presidente de los Estados Unidos en 1906, por haber contribuido a poner fin a la guerra entre los imperios ruso y japonés un año antes (con la ruina económica de ambos imperios), cuando era ya notoria la existencia de un «imperialismo» norteamericano en ciernes.

**Jesús Martínez Girón**